

de la hipocresía en ella y de la credulidad y ligereza en los otros está muy bien marcado al principio, pero luego el autor se contradice, no saca partido de un dato tan ingenioso y estropea su más feliz creación á fuerza de chafarrinazos. Feliciano de Silva era un improvisador con relámpagos de talento, pero le faltaban cultura y gusto y le sobraba una facilidad superficial, que es el mayor obstáculo para la perfección en nada.

Dos finos estimadores de los antiguos libros españoles han dado á la *Segunda Celestina* más encomios que los que merece. Uno fué D. Bartolomé José Gallardo, que en los apuntamientos bibliográficos que hacía al correr de la pluma exclama entusiasmado: «En esta comedia, ó llamémosla novela dramática, brilla un profundo conocimiento del corazón humano y de las costumbres del siglo. Contiene escenas y caracteres trazados de mano maestra. Celestina es un personaje sublime, que no desmiente en nada el carácter creado por Rodrigo Cota (?) y sostenido por el bachiller Rojas de Montalbán» (1). El voto de Gallardo puede ser sospechoso, porque sabido es que para aquel insaciable catador de literatura añeja no había libro malo en siendo raro ni libro bueno en siendo moderno. Pero su opinión se refuerza aquí con la de D. Serafín Estébanez Calderón, que no era sólo erudito, sino hombre de gusto y artista de estilo. *El Solitario*, pues, en un delicioso artículo, que viene á ser una *Celestina* en miniatura, imitación feliz del lenguaje de las antiguas, comienza aseverando que «Feliciano de Silva, para llevar á buen cabo los amores del caballero Felides y de la hermosa Polandria, supo resucitar y tornar al mundo, con más caudal de astucias, con mayor raudal de razones dulces y con número más crecido de trazas y ardidés, á la famosa Celestina» (2).

Nada de esto puede admitirse. No hay más Celestina sublime que la primera, cuya negra profundidad no acierta á comprender ni por asomos el imitador. Así y todo, es la figura mejor trazada del libro, y á veces el remedo es tan fiel y ajustado al modelo de Rojas, que puede producir la pasajera ilusión de que Celestina ha resucitado. Pero pronto se ve que es inconsistente toda esta tramoya. Celestina no vive más que con vida ficticia y prestada. Ni siquiera es el centro de la comedia. Sin ella hubieran podido llegar á feliz término los lícitos amores de Felides y Polandria, que nada tienen de la impetuosa pasión de Calisto y Melibea, y acaban desposándose en secreto por una razón de conveniencia que expone así la discreta doncella Poncia: «aunque él es tan rico y de muy buen linaje, ya sabes que tu mayorazgo no puedes heredarlo casándote fuera de tu linaje» (pág. 303).

La obra de Feliciano de Silva es, pues, una *Celestina* muy morigerada en lo que toca á su fábula principal, aunque muy desenfundada en los episodios. No faltan en ella afectos nobles, pero expresados casi siempre de un modo enfático y ampuloso por los

«dirá agora que mudó la piel la raposa, mas su natural no despoja; pues con mudar la piel, viene mudadas las obras. No de valde se dice que el loco por la pena es cuerdo. Aquí podremos con razon decir, que de los escarmentados se hacen los arteros. Por cierto, caso de predestinacion parece, pues la quiso Dios sacar de los infiernos para tornalla á hacer penitencia de sus pecados» (pp. 89-91 de la ed. de *Libros raros y curiosos*).

(1) *Ensayo*, tomo IV, col. 614.

(2) *Escenas Andaluzas por El Solitario*. Madrid, Imp. de D. B. González, 1847, pp. 131-149. La *Celestina*. Este artículo se había publicado antes en *Los Españoles pintados por sí mismos*.

dos amantes. Hay verdadera delicadeza moral en el tipo de la criada y confidente Poncia, alegre y chancera, honestamente jovial, virtuosa sin afectación, llena de buen sentido no exento de cálculo. Ella salva á su ama de muchos peligros, la precave contra las imprudencias de su propio corazón, la alecciona en las situaciones difíciles, se defiende ella misma contra los arrebatos amorosos del paje Sigeril y ella es, y no Celestina, quien verdaderamente prepara el desenlace, en que la moral queda á salvo, y todavía más íntegramente respetada por la doncella que por la señora. Esta ligera y graciosa creación recuerda algunas herofinas shakespirianas, como la Porcia de *El mercader de Venecia*, pero no conviene abusar de los grandes nombres tratándose de obras medianas (1).

La parte cómica de la *Segunda Celestina* está monstruosamente recargada. Lo accesorio ahoga á lo principal y la cizaña no deja medrar el trigo. Las escenas de la germanía (2) y de la hampa, en que Feliciano parece más experto y curtido que lo que

(1) Es curioso, sin embargo, notar ciertas coincidencias.

En la escena del jardín, con que la obra termina, hallamos este diálogo entre Polandria y su criada:

«Pol.—Hermosa noche hace, y gloria es estar debajo de las sombras de estos cipreses, á los frescos aires que vienen regocijando las aguas marinas por encima de los poderosos mares.

»Poncia.—Señora, ¿cuál te parece mejor, esta música que dizes destos airezicos en las hojas de los árboles ó la de la voz y cantar de Felides?

»Pol.—Ay, Poncia, la de Felides; tanto cuanto va y no menos de la mezcla de la razon que con las consonancias viene mezclada, al regocijo que estos aires naturalmente hacen, sin ornamento de más razon de aquella que ellos guardan en su naturaleza; porque esta música pone descanso al cuerpo y la otra al ánima, porque goza el entendimiento en las palabras que en los oídos suenan» (pp. 498-99).

Involuntariamente se recuerdan las palabras de Lorenzo á Jéssica sobre el prestigio de la música en el acto V de *El Mercader de Venecia*:

How sweet the moonlight sleeps upon this bank!
Here will we sit, and let the sounds of music
Creep in our ears: soft stillness, and the night,
Become the touches of sweet harmony.
Sit, Jessica: look, how the floor of heaven
Is thic inlaid with patines of bright gold:
There's not the smallest orb which thou behold'st,
But in his motion like an angel sings,
Still quiring to the young-ey'd cherubims:
Such harmony is in immortal souls;
But whilst the muddy vesture of decay
Doth grossly close it in, we cannot hear it.

(2) Feliciano de Silva es, después de Rodrigo de Reinosa, el primer autor en quien encuentro esta palabra en el sentido de lengua rufanesca.

«Calla ya, mal aventurado, con tus *germanias*» (pág. 41).

«Yo querría, par Dios, antes topar á Pandulfo para reir... y irnos mano á mano á un bodegon donde bebiésemos el alboroque y hablásemos algarabía como aquel que bien la sabe, *germania* digo» (pág. 270).

«Así que, hermano Albazin, aun agora bisoño eres en este colegio, y poco experimentado en esta guerra; y pues no la sabes, aprende de tal doctor como yo los misterios de la santa *germania*» (pág. 446). En el mismo lugar habla de *las leyes de la santa gualteria*, con probable alusión al Galterio ó Gualterio de la *Comedia Thebayda*.

El rufián Centurio, que sólo en el nombre recuerda al de Rojas, nos da algún *specimen* de esta

pudiera esperarse de un cronista de caballeros andantes, que «vivió encantado diez y ocho años en la torre del Universo» (según la zumbona frase de D. Diego de Mendoza), son de una prolijidad espantable y de un *verismo* tosco y brutal. El rufián Pandulfo es un plagio servil del Galterio de la *Thebayda*, con la misma mezcla de cobardía y fanfarronada, con las mismas bravezas y desgarros, con las mismas interjecciones y juramentos: «por las reliquias de Roma», «por el *Corpus damni*» (corruptela de *Corpus Domini*); «por nuestra dueña del Antigua» (aludiendo á la iglesia de este nombre en Valladolid), y á este tenor otros infinitos disparates. Este figurón insoportable, que tanto se precia de haber «corrido á ceca y á meca y á los olivares de Santander»⁽¹⁾ (pág. 174), y de poseer á fondo la «retórica del burdel» (pág. 125), sólo tiene un momento original y curioso, el de su fingida conversión por excusarse del peligro de acompañar á su amo Felides en una ronda nocturna. La escena en que aparece trocado en ermitaño, rezando con cuentas de agallones, es una fina sátira de la hipocresía⁽²⁾,

jerigonza: «Desto no me quejo, que no sé tan poco de las tramas destas tales, que no sepa yo *enchillar las canillas* y aun tiramar los *liñuelos* sin quebrar los hilos, y hacerme bobo, y pasar en el alarde del *gayon* por primo, y haciendo que creo del cielo cebolla y que no hay otro sino yo. Que viejas son para mí todas roncerías, que bien sé aguardar los tiempos de la *iza* y cuáles son, como sé los de la *guadra* y del *rodancho*» (pág. 445).

⁽¹⁾ Estos olivares están citados otra vez en la *Segunda Celestina*, cuando la vieja proyecta el casamiento de su sobrina Elicia:

«Pandulfo.—Ha, ha, ha. ¿Agora la quiere casar, despues de haber corrido á ceca y á meca y á los olivares de Santander?» (pág. 192).

También en la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia* (pág. 55) se encuentra la misma frase: «Descreo de tal... que haya yo corrido la casa de ceca y meca, y los *cañaverales* y los *olivares* de Santander, y pasan ya de cien mujeres las que me han sustentado en mi estado y honra en públicos burdeles, y todas me han tenido acatamiento con obediencia, y que esta hechicera al cabo de mi vejez, despues de traídos treinta años los atabales acuestas, burle de mí con menosprecio!»

Trátase casi seguramente de la mancebía de la villa, que, á pesar de su escaso vecindario en tiempo de Carlos V, es muy probable que la tuviera como puerto muy frecuentado por marineros gascones, ingleses, flamencos y de todo el Norte de Europa. Pero á fines del siglo XVI había desaparecido del mapa picaresco de España. Cervantes no la cuenta entre las diversas partes del mundo por donde había buscado aventuras el ventero. También debió de haberla en Bilbao, y de ella guardaba recuerdo el rufián Palermo de la *Tragedia Policiana*: «Medio ojo me arrebataron en Bilbao, y este rascuño me dieron en Jerez de la Frontera» (pág. 44).

⁽²⁾ «Sigeril.—Pues si lo vieses, señor, cuál anda con unos agallones, que no parece sino ermitaño rezando toda esta mañana...

«Pandulfo.—Señor, ¿qué es lo que demandas?

«Felides.—¿Qué santidad es esta tan súpita, Pandulfo?

«Pand.—Señor, el espíritu donde quiere espira. Quien convirtió a Sant Pablo y a Sant Agustín y a María Magdalena, es mucho que dé gracia á un hombre pecador como yo he sido?

«Felid.—Por cierto que la gracia no sé si te la dió, mas es gracia la que veo en verte con esas cuentas.

«Pand.—Señor, las cuentas como á sólo Dios se han de dar, no me pena que te parezcan gracia; porque á solo Dios se ha de satisfacer, que los hombres de nada se satisfacen; y ándeme yo caliente en su servicio y riése la gente cuanto quisiere, pues sabes que bienaventurados seréis cuando los hombres dijeren mal de vosotros mintiendo por mí.

«Felid.—En fin, que ya no son tus misas cosas de armas ni de afrentas como hasta aquí?

«Pand.—Señor, no soy tan necio que no entiendo algaravía, como aquel que bien la sabe; mas

contra la cual hay punzantes dardos en todo el libro⁽¹⁾. También Molière prestó veleidades de hipócrita á su D. Juan; pero lo que es natural y hace reír en un baladrón cobarde como Pandulfo, es indigno del burlador de Sevilla y contradice radicalmente su carácter.

Dignos compañeros de Pandulfo en bellaquerías y truhanadas, y en vil y descocado lenguaje, son los dos pajes de Felides; Corniel, el mozo de espuelas; Barañón, el mozo de caballos; el rufián Crito, amante de Elicia; su rival Barradas, el despensero Grajales, Albacín el paje del infante (D. Fernando de Austria, hermano de Carlos V), mancebo de rubios cabellos y poquísima vergüenza; y descendiendo todavía más, el tabernero *Montón de oro*, los rufianes *Tripa en brazo* y Traso el cojo, el viejo primo de Celestina Barbanteso, y la inmunda ramera Palana, daifa de Pandulfo. Toda esta canalla está tomada visiblemente del natural: no son tipos convencionales como el de Pandulfo. Tienen en sus hechos y dichos una animación endiablada. Constituyen, por decirlo así, el bloque informe y tosco del cual por magia del arte surgirá en su día el grupo clásico del patio de Monipodio.

Atento Feliciano de Silva, como novelista de oficio que era, á dar variedad á su libro con todo género de salsas é ingredientes, introdujo el ridículo episodio pastoril de Acays y Filinides, que es una de las primeras apariciones del bucolismo en la novela castellana⁽²⁾, y remedó la media lengua de los negros de Guinea en los coloquios de dos esclavos, Zambrán y Boruca. Esta segunda novedad tuvo más éxito que la primera y fué imitada por muchos. No faltan, por supuesto, en este centón (que de tal puede calificarse la *Segunda Celestina*) bastantes versos menos que medianos, y varios cuentos, de los que sólo merece recordarse por su interés *folklórico* la siguiente versión de una de las parábolas más conocidas del *Barlaam y Josafat*⁽³⁾: «Pues has de saber

«sabé que en cosas justas que ninguno me echará el pié adelante, ni en cosas injustas quedará más atrás que yo.

«Felid.—Bendito sea Dios que tan presto te mudó. ¿Mas qué llamas cosas justas, para que sepamos lo que te hemos de encomendar?

«Pand.—Gueria contra infieles; tomar armas en defension de tu persona.

«Felid.—¿Pues cómo anoche no las quisiste tomar para ir en defension de mi persona?

«Pand.—Porque ibas en ofensa de tu persona y ánima, y no tenemos los servidores de Dios tanta licencia! que si á ti te viniesen á matar, entonces yo tomaría las armas.

«Felid.—Mas entonces no las llevarías para estar más suelto; que el peso de las armas empide mucho» (pp. 384-386).

⁽¹⁾ «*Celestina*.—Más me precio, hija, de dar consejos que de tales vengejos; de un rosario, digo, «hija, y sus misterios, de una oracion del Conde ó de la Emparedada: esto te podré yo amostar, «mi amor, si lo quieres aprender» (pág. 218).

Estas dos oraciones supersticiosas del *Conde* y de la *Emparedada*, en romance, fueron prohibidas en el Índice del inquisidor general Valdés (pág. 237 de la reimpression de Reusch) y en el de Quiroga de 1583 (pág. 438).

De las irreverencias y profanaciones que en el templo se cometían da idea lo que Polandria cuenta de Felides: «Al tiempo que llegué á tomar el agua bendita, hizo él que tomaba la agua, y «apretóme un dedo; y despues en la misa toda ponía las manos hácia mí como que pedía piedad, «cuando vía que no miraba naide; estando alzando el fraile, hacía él señas que no adoraba la «hostia, sino á mí; y desto no pude estar que no me sonriese de su necedad y herejía» (pp. 151-152).

⁽²⁾ Vid. el tomo primero de estos *Orígenes de la novela*, pp. 431-432.

⁽³⁾ De algunas versiones de este cuento hemos trata lo también en los *Orígenes*, pág. XXXII, nota.

» que un rey mandó á un sabio que enseñara á un hijo suyo dende que nació adonde
» no viese más que al sabio, y despues que ya hombre llevólo adonde pasaban muchas
» cosas, y pasando unos y otros y el hijo del rey preguntando cada cosa qué era y el sabio
» diciéndoselo, pasaron unas mujeres muy hermosas, y preguntó el hijo del rey qué
» cosa era aquello, y el sabio dijo que diablos, pues tales hacían á los hombres; y res-
» pondió el hijo del rey: si éstos son diablos, yo quiero que me lleven á mí. Y así, seño-
» ra, me lleva tú á mí si eres diablo, que yo por ángel te tengo» (pág. 373).

El estilo de esta *comedia* es muy desigual, como en todas las obras de Feliciano de Silva. Excelente á veces, sobre todo en las reposadas pláticas de Celestina con el arcediano viejo y con su ama Zenarra; pintoresco y expresivo, pero arrufianado y soez, en las escenas de mancebía y taberna, es alambicado, sutil, ridículamente hinchado y á ratos ininteligible cuando el autor quiere remontar su rastrera pluma á las etéreas regiones, para él vedadas, de la poesía y del sentimiento. Ya desde el primer folio nos encontramos con aquellas *entrincadas* razones, que parecían de perlas á D. Quijote. Dice así el enamorado Felides: «Oh amor, que no hay razon en que tu sinrazon no
» tenga mayor razon en sus contrarios! Y pues tú me niegas, con tus sinrazones, lo que
» en razon de tus leyes prometes, con la razon que yo tengo para amar á mi señora
» Polandria, para ponerte á ti y casarte con la razón que en ti contino falta, el consejo
» que tú niegas en mi mal quiero pedir á mi sabio y fiel criado Sigeril» (pág. 8). De este modo suelen expresar el amor los personajes de la pieza cuando quieren hablar por lo fino.

Dice Gallardo (1) que «leyendo esta obra salta continuamente á la memoria el nombre de Cervantes, unas veces por expresiones que él usa mucho y aquí estaban ya usadas á menudo: *para mi santiguada, andaos á decir donaires, entendersele á alguno de alguna cosa ó de achaque de alguna cosa*, ya por tal cual peloteo de palabras al símil de la *razón de la sinrazón*». Esto último no se puede negar, pero burlarse del estilo de un autor es precisamente lo contrario de imitarle. En cuanto á las demás expresiones que se citan, pertenecen al vocabulario común del siglo XVI y no al particular de nadie. Tenemos, pues, por quimérica esta influencia lingüística de Feliciano de Silva en Cervantes, escarmentados como estamos por la facilidad con que Gallardo y otros eruditos de su escuela descubrían á tiro de ballesta cervantismos en todos los libros que topaban (2).

(1) *Ensayo*, tomo IV, col. 614.

(2) Más fundamento tiene esta otra observación del insigne erudito:

«Aquel donoso pasaje de *El Celoso Extremeño*, en que antes de llegar Loaisa á verse con la incauta Leonora le exigen tan solemnes juramentos, está sin duda imitado de la escena XXVI, al fin, donde entre las prevenciones que hace Polandria á Celestina como requisitos para haber de recibir á su amante al concierto á que se presta, la dice:

»Polandria.—Madre, mira que le tomes muchos juramentos, y que mire de quién se fia; porque si mi señora (madre) algo barrunta, todo irá borrado.

»Celestina.—¡Ay hijal! ¡angelito, angelito! En Dios y en mi ánima ¿qué, no te queda más en el estómago? ¿Y á Celestina avisas tu de secreto? ¡Dolor de mí, que este es el primer secreto que en este mundo yo he sabido encubrir! Calla, señora, que eres boba; ¡nora mala! que así te lo quiero decir, y perdóname.

»Antes ya hay otros juramentos graciosos sobre que no cuenten á Felides cómo Polandria ha leído un billete suyo.

»Quincia.—¡Guárdeme Dios, señora! ¿y de decirlo había?

Tampoco creemos que tuviese razón el insigne erudito en suponer que la escena de la *Segunda Celestina* pasa en Salamanca. Cuando él, tan conocedor de aquella ciudad, donde había hecho sus estudios, no acertó á encontrar más alusión local que la *Horca del Teso*, que según él corresponde «á un altillo que en el día llaman el Teso de la »Feria» (como si la voz *teso*, en el sentido de cima de un cerro ó collado, no fuese genérica y usada en todas partes), poca fuerza podemos dar á esta conjetura, que se aviene muy mal con los varios pasajes en que se hace referencia al mar como presente ó muy vecino. Dice Celestina á Felides en la vigésimo octava *cena*: «Que tú vayas esta noche »allá á la una, y por una escala puedes entrar á la parte que la mar bate en el jardín,
» y él está tan apartado, que sin que se pueda oír, puedes cabe las rejas de dentro hacer »las señas tañendo y cantando para hacer parar las aguas y venir las piedras con las »aves, junto con el corazón de Polandria, á te oír» (pág. 328). Va en efecto Felides á la cita amorosa, y dice á uno de sus criados: «Llega, Corniel, y pon aquí el escala »cabe la mar» (pág. 355). Luego canta un romance que principia así:

La luna resplandecía,
El cielo estaba estrellado,
Los árboles se bullían
Con el aire delicado,
Con golpes de los riberas
Del sordo mar concertado...

»Polandria.—Oh váleme Dios, qué suavidad de voz y qué garganta; y con el son »del ruido de las ondas del mar y el regocijo delicado de los aires en los cipreses,
» como él dice, no parece sino cosa divina» (págs. 356-357).

»Polandria.—Hermosa noche hace, y gloria es estar debajo de la sombra de estos »cipreses, á los frescos aires que vienen regocijando las aguas marinas por encima de »los poderosos mares» (pág. 498).

Parece que nada de esto puede aplicarse al Tormes. Sin duda Feliciano de Silva, aunque nacido tan cerca de sus riberas, se acordaba más bien de Sevilla y de Sanlúcar, donde pasó su juventud como paje de los condes de Niebla. Ciertos personajes picarescos, y aun la especie de germanía que usan, pueden ser indicio de esto.

La *Segunda Celestina* debió de ser bastante leída en su tiempo, puesto que tuvo dos ediciones en España (1533 y 1536); otra en Venecia, corregida por Domingo de Gaztelu, secretario de D. Lope de Soria, embajador de Carlos V, y otra en Amberes, sin nota de año, pero que no parece posterior á 1550. La tendencia anticlerical, que ya apunta en algunos lugares de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, llega á ser

»Polandria.—Pues poné aquí la mano en la cruz, y tú también, Poncia. Y agora oid: señora mía, tu merecer y mi atrevimiento te darán á conocer...»

El pasaje á que Gallardo alude es aquel en que Loaisa jura por «la intemerata eficacia donde »más santa y largamente se contiene, y por las entradas y salidas del Santo Líbano monte, y por »todo aquello que en su proemio encierra la verdadera historia de Carlomagno, con la muerte del »gigante Fierabrás», de no salir ni pasar del juramento hecho y del mandamiento de la más mínima »de vuestas mercedes...»

En el primitivo borrador de la novela juraba además por «el espejo de la Magdalena» y por «las barbas de Pilato» (ed. crítica de Rodríguez Marín, pp. 72 y 73). Estos juramentos son análogos á los que usan los rufianes en la obra de Feliciano de Silva, y generalmente en todas las *Celestinas*.

insolente y agresiva en el libro de Feliciano, en que no faltan proposiciones que frisan con la heterodoxia y que pueden ofender al lector menos timorato. Y aunque en libros de pasatiempo se disimulaba todo, no es maravilla que el Santo Oficio, cumpliendo por esta vez con su obligación, tomase cartas en el asunto prohibiendo la *Resurrección de Celestina* en el Índice de 1559, de donde pasó la prohibición al de 1583 y á todos los posteriores (1).

Aunque la *Segunda Celestina* no deja ningún cabo suelto, no debió de parecérselo así á un oscuro escritor toledano, llamado Gaspar Gómez, que escudándose con el nombre de Feliciano de Silva, y dedicándole su obra, aunque dudamos que fuese con su anuencia, estampó en 1536 una *Tercera Parte de la tragicomedia de Celestina* (2), que es la más rara de esta serie de libros, aunque á esta rareza se reduce todo su mérito. Como los pocos bibliógrafos que han llegado á verla se han limitado á copiar su portada, me ha parecido curioso dar algunas noticias más, poniendo íntegras en nota la dedicatoria y la tabla de los cincuenta actos en que se divide (3), con lo cual puede excusarse la lec-

(1) Vid. los índices de Valdés y Quiroga en la edición de Reusch (pp. 238 y 439).

(2) No he visto la primera edición que cita Bruuet copiando á Panzer:

Tercera parte de la tragicomedia de Celestina .. agora nuevamente compuesta por Gaspar Gomez. (Al fin): «Acabose la presente obra en la muy noble villa de Medina del Campo. A seys dias del mes de Julio. Año de mil y quinientos y treinta y seis». 4.º letra gótica.

Sólo conozco la de 1539, cuyos ejemplares son rarísimos. El que tuvo Salvá (n.º 1269 de su Catálogo) pertenece hoy á nuestra Biblioteca Nacional. Existe también en el Museo Británico y en la Universidad de Leyden.

Tercera parte de la tragicomedia de Celestina: ua prosiguiendo en los amores de Felides y Poladria: concluyense sus desseados desposorios y la muerte y desdichado fin que ella uvo: es obra de la qual se pueden sacar dichos sutilissimos (sic) sentencias admirables: por muy elegante estilo dichas: agora nuevamente compuesta por Gaspar Gomez natural de la muy insigne cibdad de Toledo: dirigida al magnifico cauallero Feliciano de Silva. Impreso. Año de M. D. XXXIX.

(Al fin): *Acabose la presente obra en la muy noble e Imperial ciudad d' Toledo. A veynte dias del mes de Nouiembre. En casa de Hernando de Santa Catalina. Año de nuestro Señor Jesu christo: de mil quinientos y treynta nueve años.*

4.º let. gót. Sin foliación. Signaturas A-2, todas de ocho hojas, menos la última que tiene seis.

(3) *Prologo del autor. Al noble cauallero Feliciano de Silua al qual va dirigida la obra.*

«Noble y muy magnífico señor: Como en los tiempos antiguos no era digno de memoria: sino el que exercitando su vida en algun notable exercicio despues de sus dias la dexaua: quise forçar a mis fuerças: a que siendo fauorecidas con el fauor que de vñ. merced espero: tomassen ocupacion en se ocupar algunos ratos en poner en obra a hacer esta obrezilla: la qual va tan tosca en sus dichos quan sutil es en sus sentencias subtilissimas la pasada que es la de donde ésta depende. E presuponiendo que la mar provee a los rios que della salen: acordé esta como minimo arroyo pedir socorro a quien socorrer la puede: e yo como su administrador y muy cierto sieruo de vñ. merced en su nombre pido ayuda a vuestra merced como a persona que tiene poder de poder la dar, e si se marauillare del sobrado atreuimiento que me conmovio atrever pidiendo mercedes a quien jamas hize seruicios: A la verdad no sera tanta la admiracion quanta la causa que tuve y tengo para se lo suplicar: porque como yo fue informado de la veniuolencia que vñ. merced tiene con los que esffuerçan a pedir esffuerço a vuestra merced, pareciome que no dexaria de ser conmigo veniuolo: como lo es con los demas. E si acaso algunas partezicas en esta obra se hallaren que de notar sean: las quales sin auer conuersado con vñ. merced tengan los lectores por imposible auerlas notado: siendo el autor tan friuolo e inhaul, puede se responder que assi como el que está de hito mirando al sol su gran resplandor le ciega: por el consiguiente si mi torpe lengua con la subtil y elegante de vñ. merced viera conuersado: hallo por muy cierto que viera enmudecido de arte: que no digo escriuir lo escrito, mas pensar de pensarlo no osara. Pues qué medio an tenido mis sentidos para poder sentir cosa que

tura, enteramente inútil, de tan necia y soporífera composición, que termina con las bodas de Felides y Polandria y con la muerte de Celestina, la cual corriendo á lograr las albricias que esperaba de los novios, tropieza y se cae de los corredores de su casa, haciéndose pedazos en la caída. La fábula es insulsa y deslavazada, el estilo confuso, incorrecto y á veces bárbaro. Todos los personajes é incidentes de la obra de Feliciano de Silva reaparecen en la de su imitador, que apenas pone nada de su cosecha. Apuntaré sólo algunas curiosidades.

tanto sentimiento de necesario se requeria para effectuarlo? Creera vuestra merced que sus calidísimos rayos dieron vigor a mi tibia inteligencia porque entendiese en se ocupar al presente con la esperanza futura de vuestra merced a se oponer a lo otro mas abil era licito. E ansi vuestra merced puede iuzgar que ni las razones que entre Felides y Polandria por razon avian de ser primas no van con el primor que se requiere: ni el fundamento de los dichos de los demas tan fundados: ni las sentencias de Celestina tan sentidas. En conclusion, que no lleua otra cosa vtil sino la vtilidad que de vuestra merced como de señor a quien va dirigida cobrare. E como no aya quien conociendo mejor los hierros (sic) los ponga con buen concierto más concertados: quise suplicar al querer de vuestra merced lo acepte, y no mirando la osadía affirme la voluntad muy recta que de seruirle tiene este su verdadero criado: la qual se empleará en lo que vuestra merced le mandare: agora no me falta despues de tener la merced concedida de vuestra merced, sino rogar al lector que esto leyere lea primero la segunda que es antes desta: porque avn que yo me condeno en esto, que cotejar la vna con la otra se verá la diferencia que ay, gano mas fama con ser trovada de historia tan subtil que infamia con hallar en ella las palabras toscas e inusitables que hallarán. E ansi porque el vulgo note la historia de donde procede, Suplico a vñ. merced se lo encargue».

«Primer auto. Felides recuerda y empieça a razonar como que halla ser imposible auer estado la noche passada con su señora Polandria y afirmandolo por sueño llama a Sigeril para que le diga la certenidad de aquella duda que tiene. En lo qual pasan muchas razones. E Sigeril declara por muy ciertas señales como auia estado con ella. Y Felides por mas se satisfacer determina de emviar le a la posada de Polandria. E introduzense.

»Auto segundo. Sigeril como sale de con Felides para yr a casa de Polandria: va consigo razonando: y en el camino topa a Pandulfo con el qual pasa diversas platicas: y como se despida dél acuerda no yr a casa de Polandria: y con esta determinacion se buelue a su posada a do dexó a su amo...

»Acto III. El hortelano de Paltrana llamado Penuncio anda por el vergel escardando la hortaliza: y platicando consigo de ver por allí pisadas halla entre las yeruas un tocado de Polandria: y pareciendo le mal determina mostrarle a Paltrana. Y él estando en este acuerdo entra Poncia a cojer unas rosas: y pasan entre los dos diuersas razones sobre el mismo caso, en que al fin da el tocado a Poncia e pierde el enojo...

»Aucto quarto. Sigeril como se despido de Pandulfo, viene consigo razonando: y vee a la puerta de su posada a Corniel paje de Felides: y como an hablado entrambos, entra a dezir a su amo que viene de casa de Polandria: y que habló con Poncia, en que acuerdan que vayan a dar una musica en la noche: y por este plazer Felides le manda para quando se casare trezientos ducados...

»Aucto quinto. Polandria llama a Poncia para que le dé las rosas que trae del vergel: y ella le cuenta todo lo que con el Hortelano allá passó, y estando en estas pláticas las dos entra Borruga la negra que las a estado escuchando: y amenaza a Polandria con su señora: en conclusion que Poncia la acalla con dalle una cofia...

»Aucto sexto. Sigeril viendo que es hora de yr a dar la musica habla con Felides: y luego van al concierto lleuando consigo a Canarin: y dicha vna cancion, como quieren poner la escala, Polandria se pone a la ventana y escucha (sic) la subida donde causa para ello inconvenientes: y ansi se despide Felides della y Sigeril de Poncia muy tristes...

»Aucto VII. Quincia se quexa de su ventura por se auer salido con Pandulfo: y estando en esto entra él y dize la que se apareje para se partir: porque ha comprado una azemila: y para pagarle le pide una faldila, en que sobre este caso allegan a reñir: y passa por allí Rodancho rufian, el qual es compañero de Pandulfo: y los pone en paz, con que haze de arte que ella le da vn manto, y